

EN UN REINO MUY LEJANO

Malén Álvarez

Día Internacional del Libro
23 de abril de 2021

Plan de Fomento
de la Lectura en Extremadura

Texto adaptado a Lectura Fácil
por la OACEX

© Junta de Extremadura

Dirección General de Bibliotecas,
Archivos y Patrimonio Cultural

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

Dep. legal: BA-181/2021

Mérida 2021

© del texto: Malén Álvarez

ÍNDICE

En un reino muy lejano 5



En un reino muy lejano
adaptado a Lectura Fácil 9

EN UN REINO MUY LEJANO

Fue solo un leve rumor, como el sonido que hace el viento entre las hojas cuando caídas en el suelo las desordena, para luego olvidarlas.

Después aquel rumor se fue volviendo más intenso, y recordó a las bocanadas de aire que en las chimeneas avivan el fuego provocando un sonido sordo y seco.

Más tarde fue tomando cuerpo y se transmitió de boca en boca, hasta que se hizo realidad.

Fue en un reino muy lejano, y hace ya mucho, mucho tiempo.

Nadie creía nada al principio, pero el rumor, las bocanadas de aire cargadas de palabras, cada vez tenían más consistencia: se acerca una catástrofe, un mal terrible. Luego vino la realidad y fue un huracán que lo arrasó todo, que se llevó por delante el mundo que aquellos seres complacientes conocían. Y hubo que encerrarse en casa, hubo que dejar los viajes para tiempos venideros, y se abandonaron de modo obligado costumbres y ritos, salidas, sonrisas, relaciones, trabajos. Y los abrazos.

En el tiempo del cambio hubo que inventar una nueva manera de vivir, pero los seres complacientes nada sabían de un nuevo modo de vida y fueron perdiendo la sonrisa, que se marchitaba oculta permanentemente tras una fina gasa, y los ojos dejaron de tener el brillo acostumbrado, para hacerse más pequeños.

Así pasaron los días lentos y monótonos, porque el desconcierto transitaba sin fisuras por todas las ciudades, en todos los pueblos.

Cuando finalmente el invierno se echó sobre las azoteas aprisionando su luz, la incertidumbre se instaló en las ventanas robándoles los reflejos de poniendo a los cristales, y recorrió la verticalidad de las iglesias, la brevedad de las esquinas, el silencio de las calles, los parterres de las avenidas; cuando las dudas y el miedo se enredaron en el ámbar de los semáforos y en el gris de los adoquines, entonces se acomodó entre todos ellos la desgana.

Y pasaron los años. Pero los seres complacientes se habían acostumbrado a vivir como en la peor época de los susurros: ya no se abrazaban, ya no se reunían en las casas, no se volvieron a hacer romerías, ni verbenas ni festejos.

No era obligatorio taparse la boca, pero muchos lo hacían, por miedo a que todo volviera. Tampoco era obligatorio el toque de queda, pero todos volvían temprano a casa...

En uno de aquellos pueblos, que sufrió tanto como todos, había un bibliotecario jubilado, Gerardo, que siempre sonreía mientras caminaba al despuntar el día, o al caer la tarde. No entendían, aquellos que se lo cruzaban, el motivo de su expresión, también comentaban que tenía los ojos más grandes que los demás, otros decían que no, que eran más brillantes; y los más que su mirada era de asombro siempre.

Lo cierto, es que él y toda su familia tenían los ojos tal y cómo los describían sus vecinos: enormes, brillantes, asombrados. Vivían en una casona grande, porque era una familia grande y afable, aunque se les veía poco pues no salían muy a menudo.

En realidad, tampoco era necesario, porque hacía muchos años que podía hacerse todo desde la propia vivienda: ir al colegio era abrir una pantalla, quedar con los amigos era abrir una pantalla, los enamorados se contemplaban embelesados a través de las pantallas, se podían mandar ramos de flores, comprar ropa o encargar comida. Todo a través de un rectángulo brillante.

Viajar era cómodo y fácil pues solo con pulsar una tecla tenías a tu alcance el mundo: las visitas a cualquier ciudad podías hacerlas desde tu cama, o desde la cocina, y desde allí tenías una visión completa de los océanos o los desiertos. Por esto, no extrañaba a nadie las pocas salidas de don Gerardo, y de toda su familia. Las pocas salidas de todos los habitantes, si exceptuamos esos paseos al empezar o al acabar el día, pero sí su actitud.

Y como la curiosidad es testaruda esta empezó a extenderse entre los habitantes del lugar incitándolos a preguntarle cualquier cosa, lo que fuera con tal de que explicara ese aspecto bienhumorado que lucía siempre. Tanto es así, que un día al cruzarse con él unos vecinos, cuando la tarde ya iba vencida, le preguntaron que cual era el motivo de aquella permanente expresión: "Tengo cientos de motivos, todos válidos para justificar mi sonrisa. Y todos están dentro de mi casa".

Y don Gerardo continuó su paseo con el bastón, de madera de almendro, en la mano derecha y el paso ligero.

Pero esta respuesta no hizo más que alimentar la curiosidad, se empezaron a reunir en corrillos en la plaza, y hasta se hacían apuestas para ver quién se atrevería a preguntar de nuevo, ya que la respuesta del bibliotecario no dejó satisfecho a nadie.

Y mientras se decidían continuaban languideciendo los seres insatisfechos, a los que siempre les faltaba algo que los hiciera felices.

De modo que otro amanecer, cuando se cruzaban los paseantes más madrugadores, volvieron a acercarse a don Gerardo, y volvieron a repetir la pregunta:

“¿Cómo puede usted mantener siempre esa actitud apacible y feliz cada día?
¡Pero si ya les dije a ustedes que tenía cientos de motivos, todos diferentes,
pero ninguno me preguntó cuáles eran!

¿Y estaría usted dispuesto a contárnoslo?

Naturalmente”, contestó, “y a compartirlos. Vengan a mi casa pasado mañana,
y encantado se los enseñaré”.

Pronto se corrió la voz de que un pequeño grupo se acercaría a conocer el secreto
mejor guardado. No se hablaba de otra cosa, y desde luego se oyeron las más
disparatadas teorías: que en el patio tenía un túnel por el que podía atravesar
los viñedos y salir al mar. Otros decían que podía cambiar las estaciones dentro
de su casa a su gusto y así a lo largo de la semana estar tres días en otoño y dos
en primavera, o usar el tiempo para viajar al pasado, o que nunca se aburría
porque tenía viviendo en su casa mucha más gente de la que imaginaban ...

Puntuales llegaron aquellas mujeres, y aquellos hombres curiosos por conocer
la verdad. Enseguida le dijeron lo que se había hablado durante aquellos dos
días en el pueblo, y no dejaba de sonreír don Gerardo mientras los escuchaba.

Cuando acabaron el café y sus sospechas, les dijo el bibliotecario:

“No van ustedes desencaminados, todas las palabras que han dicho en esta sala
contienen algo de verdad entre sus letras, y van a ver ahora a qué me refiero”.

Lo acompañaron a lo largo de un pasillo hasta que llegaron a una sala amplia
de techos altos, con grandes ventanales por los que entraba la luz vespertina
que dejó, a la vista de todos, los libros que ocupaban la habitación hasta el
techo.

“Aquí está todo lo que me hace feliz, y si me dejan les contaré el porqué de
esa paz que hay en mi vida.

Cuando empezaron los años sombríos nadie sabía qué iba a pasar, pero sobre
todo nadie sabía durante cuánto tiempo íbamos a vivir de aquel modo. Los
cambios fueron haciéndose poco a poco, pero de tal manera que pusieron en
marcha una maquinaria imparable. Todos nos acostumbramos a quedarnos
en casa, a vernos a través de una pantalla, a abandonar cualquier forma de
reunión, y sobre todo a utilizar las redes para cada cosa. Entonces estuvo
bien, era cuestión de sensatez y de supervivencia, pero cuando continuaron
aquellas costumbres, a pesar de que ya había pasado el peligro, comenzó un
camino sin retorno.

Yo trabajaba entonces en una biblioteca, y fui viendo cómo se abandonaba
lentamente el hábito de acudir a ella, luego fueron cayendo las consultas y
las lecturas, y finalmente los libros ocuparon la parte más oscura del olvido.

Cerraron aquella santa casa, y me jubilaron con antelación, fue unos meses antes de venir aquí a vivir. Un día que paseaba delante de lo que fue mi lugar de trabajo me encontré con un archivero, compañero y buen amigo, que me comentó que el edificio iban a dedicarlo a otro uso, y que los libros acabarían en el contenedor del papel. Cargué con todos cuantos pude, y busqué una casa grande para vivir en ella con ellos.

Cuando se recrudecían ahí fuera los malos momentos, cuando amenazaba otra ola con arrasarlo todo, yo me metía aquí buscando el consuelo a la desesperanza.

Y cuando han venido los días buenos, en los que el miedo nos ha dejado respirar, cuando hemos podido salir a la calle yo he celebrado con ellos que la vida se impone.

Y sí, tienen razón los que dicen que durante la semana voy del estío al invierno sin tener que esperar meses. También cambio de estación de tren varias veces en una jornada, o viaje en globo, o solitario transito una isla en la que estoy yo y un buen amigo, y nadie más.

Aquí, entre estos libros tengo la poesía que el alma herida necesita para sanar, o las palabras que dicta un corazón enamorado.

Digan, a los que están ahí fuera, que aquí dentro hay un mundo entero compatible con la existencia de cada ser humano.

Los libros son mi medicina para la ansiedad.

La cura de mis heridas.

El asidero de mis naufragios.

Mi paño de lágrimas cuando la tristeza inunda mis horas, y la brújula que me guía en los laberintos de la vida.

Los libros han sido los amigos fieles, los amantes apasionados.

Con ellos río, lloro, siento.

Y los rincones del alma son menos oscuros por su bondad.

Los libros guiaron mis vacilantes pasos de niño. Alimentaron la alocada adolescencia. Hicieron florecer mi juventud, y enriquecieron mi madurez.

Ahora llenan de paz estos días serenos.

Son y serán siempre un consuelo, aunque estén cerrados. Basta con tenerlos entre las manos, basta con saber que contienen una historia, para sentir que en el mundo a veces se produce el justo equilibrio”.

Todos los que lo escucharon guardaron un silencio lleno de esperanza, a fin de cuentas, iban pensando mientras salían a la noche, tenían que dar la buena nueva a todos los que la estaban esperando.

Elogio

En un reino muy lejano



Adaptación a Lectura Fácil del texto de Malén Álvarez

Texto Adaptado por la OACEX

Este texto es un elogio al libro con motivo del Día Internacional del Libro.

Esto quiere decir que es un texto escrito como reconocimiento a los libros.

Este documento está en Lectura fácil.

Algunas palabras difíciles están en **negrita** y con un asterisco *.

Estas palabras difíciles están explicadas en cuadros al lado del texto.

El texto original lo escribe la escritora Malén Álvarez.

Esta adaptación a Lectura Fácil la ha realizado la OACEX, la Oficina de Accesibilidad Cognitiva de Extremadura. La validación la ha realizado Borja Carretero Pérez.



“© Lectura fácil Europa. Logo: Inclusion Europe.

Más información en www.easy-to-read.eu

En un reino muy lejano.



Todo empezó con un ***rumor**.

Este rumor era igual que el sonido que hace el viento cuando las hojas caen al suelo.

El rumor empezó a ser más fuerte.

El rumor era igual que el sonido que crea la cantidad de humo que sale de las chimeneas por el fuego.

***rumor:** ruido de voces que no se escuchan bien.

Fue pasando el tiempo y el rumor siguió comentándose entre las personas.

El rumor se hizo realidad. Esto pasó en un reino muy lejano y ya hace mucho tiempo.

Al principio las personas no se creían lo que estaba pasando.

Las personas decían:

- Se acerca una ***catástrofe**.

Algo malo va a pasar.

Y el rumor se hizo realidad.

El rumor era la ***pandemia** por coronavirus.

Las personas se encerraron en sus casas
y no hacían viajes.

Estaban obligadas a dejar sus costumbres,
a dejar de salir o de sonreír,
a dejar de relacionarse con otras personas
y a dejar de trabajar.

También dejaron de abrazar.

Durante este tiempo las personas
inventaron una nueva forma de vivir.

Esta nueva forma de vivir
hizo que se perdieran las ganas de sonreír
y las personas dejaron de tener brillo en sus ojos.

Iban pasando los días de una forma muy lenta
y todos los días eran iguales.

***catástrofe:**

algo muy malo que ocurre de repente. Puede perjudicar a muchas personas y cosas.

***pandemia:** es

una enfermedad que afecta a varios países o que ataca a casi todas las personas de una región.

En los pueblos y ciudades había mucha confusión,
no sabían el motivo de lo que estaba pasando.

Llegó el invierno.

Las personas estaban en sus terrazas
y ventanas con mucha confusión y muchas dudas.

Las iglesias, las calles y los jardines de las avenidas
estaban vacías y en silencio.

Las dudas y el miedo hicieron que las personas
no tuvieran ganas de hacer nada.

Y pasaron muchos años.

Las personas se habían acostumbrado a vivir así.

Ya no se abrazaban y no se reunían en las casas.

No se celebraban fiestas como verbenas o romerías.

Ya no era obligatorio taparse la boca con la mascarilla,
pero muchas personas lo hacían por miedo.

Ya no era obligatorio el ***toque de queda**,
pero las personas volvían a sus casas temprano.

***toque de queda:** significa que tienes que estar en casa y no puedes salir durante unas horas. Es una medida que pone el gobierno por una situación grave.

En un pueblo afectado por esta situación
vivía un hombre que se llama Gerardo.
Gerardo era un bibliotecario jubilado.

Gerardo caminaba por las calles de su pueblo
con una gran sonrisa por las mañanas
muy temprano y al final de las tardes.
Los vecinos y vecinas no entendían
por qué tenía esa sonrisa.
También decían que tenía los ojos grandes
y con mucho brillo y que su mirada era increíble.

Y era verdad.

Gerardo y su familia tenían los ojos enormes
y muy brillantes.

Gerardo y su familia vivían
en una casa muy grande.

Era una familia muy grande y muy amable.
Salían muy poco de su casa.

La verdad es que no era necesario salir de casa
porque se podía hacer todo desde dentro.

Como por ejemplo:

- Estar en clase desde el ordenador.
- Quedar con los amigos y amigas con el ordenador.
- Hablar con tu pareja con el ordenador.
- Comprar ropa desde el ordenador.
- Llamar por teléfono y pedir que te lleven comida o flores a casa.

Para viajar desde casa solo tenías que pulsar una tecla del ordenador y visitar ciudades desde tu cama o desde la cocina.

Podías ver las vistas de océanos o desiertos en la pantalla de tu ordenador.

Por todo esto a los vecinos y vecinas no les parecía raro que Gerardo y su familia no saliesen de casa.

Lo que les parecía raro era su actitud.

La actitud de Gerardo y su familia empezó a comentarse entre todas las personas del pueblo.

Algunos vecinos y vecinas querían preguntarle por esa actitud de buen humor.

Un día, por la tarde noche ya, unos vecinos le preguntaron.

Gerardo contestó:

- Tengo más de 100 motivos y todos válidos para justificar mi sonrisa.
Todos los motivos están dentro de mi casa.

Esta respuesta creó más curiosidad entre los vecinos y vecinas.

Se reunían en las plazas y hasta hicieron apuestas para ver quién sería la persona que le preguntara a Gerardo cuáles eran esos motivos.

Las personas del pueblo perdían su ánimo y alegría porque siempre les faltaba algo que les hiciera felices.

Una mañana muy temprano
unos vecinos se cruzaron con Gerardo
y le volvieron a preguntar lo mismo.

Gerardo contestó:

- Pero si ya le dije a ustedes
que tengo más de 100 motivos,
todos diferentes.
Pero ninguno de ustedes me preguntó
cuáles eran esos motivos.

Un vecino pregunto:

- ¿Y usted querría decirnos
cuáles son esos motivos?

Gerardo dijo:

- Claro que sí.
Y compartirlos con ustedes.
Vengan pasado mañana a mí casa
y encantado se los enseñaré.

Las personas de pueblo se enteraron muy rápido que un grupo de vecinos iba conocer el secreto que Gerardo guardaba en su casa.

Los vecinos y vecinas empezaron a imaginar cosas muy raras.

Algunos decían que tenía en su patio un túnel por el que podía llegar al mar.

Otros decían que Gerardo podía cambiar las estaciones del año.

Por ejemplo podía estar 3 días en otoño y 2 días en primavera.

Otros decían que podía viajar al pasado o que no se aburría porque en su casa vivían muchas personas.

Llegó el día de la visita a la casa de Gerardo.

Las vecinas y vecinos curiosos fueron puntuales y llegaron a la hora que habían quedado.

Le contaron a Gerardo todas las cosas que imaginaban que había en su casa.

Gerardo no podía parar de sonreír.

Todos y todas se tomaron un café.

Gerardo les contó:

Tienen ustedes algo de razón.

Todas las cosas que me han contado
tienen algo de verdad.

Les voy a enseñar a lo que me refiero.

Gerardo y el grupo de vecinos y vecinas
pasaron por un pasillo
hasta llegar a una sala muy grande
y con techos muy altos.

La sala tenía unas ventanas muy grandes
por donde entraba la luz del sol del atardecer.

La sala estaba llena de libros hasta el techo.

Gerardo siguió contando:

Aquí está todo lo que me hace feliz.

Si ustedes me dejan les contaré
por qué tengo esa paz en mi vida.

Cuando comenzó la pandemia
por el coronavirus nadie sabía qué iba a pasar
o cuánto tiempo íbamos a vivir de esa forma.

Los cambios se iban haciendo poco a poco.
Todos y todas nos acostumbramos
a quedarnos en casa,
a vernos a través de las pantallas
de los ordenadores o móviles,
a no reunirnos y sobre todo
a utilizar las redes sociales para todo.
En ese momento estaba bien,
teníamos que ser responsables.
Pero esas costumbres o cambios continuaban,
aunque ya no había peligro.
Yo trabajaba en una biblioteca.
En la biblioteca ya no se hacían consultas,
no se leía y los libros fueron olvidados.
Cerraron la biblioteca
y a mí me jubilaron antes de tiempo.
Esto pasó unos meses antes de venirme aquí a vivir.
Un día pasé por la biblioteca
y me encontré con un compañero
y buen amigo.

Él me contó que iban a utilizar la biblioteca
para otra cosa y que los libros
iban a acabar en el contenedor para el papel.
Cogí todos los libros que pude
y busqué una casa grande para vivir.
Yo entraba en esta sala cuando la situación
de la pandemia empeoraba
o había otra ola de contagios
y buscaba la paz al leer libros.
Cuando ha mejorado la situación de la pandemia
y ya no había tanto miedo y podíamos respirar,
junto a los libros,
yo he salido a la calle a celebrarlo.
Y sí, tienen razón en lo que dicen
que durante una semana
estoy algunos días en invierno
y otros en verano,
sin tener que esperar meses.
O que cambio de estación de tren 3 veces al día.
También viajo en globo
o estoy en una isla solo
o con un buen amigo.

Todo esto es gracias a los libros.
Digan lo que digan, aquí en esta sala
hay un mundo muy grande gracias a los libros.
Los libros son como una medicina para la ansiedad.
Los libros curan mis heridas.
Son como un pañuelo para mis lágrimas
cuando estoy triste y una guía
cuando tengo algunos problemas en mi vida.
Son como amigos fieles
o como una pareja con mucha pasión.
Con los libros río, lloro o siento cosas.
Los libros me han guiado
y han estado conmigo cuando era niño,
adolescente y joven.
Los libros me han ayudado a madurar.
Ahora me dan paz.
Los libros son y serán siempre un consuelo.
Solo tienes que tenerlos en tus manos,
saber que te van a contar una historia
y sentir que en el mundo a veces hay igualdad.

Todos los vecinos y vecinas escucharon su historia
y se quedaron en silencio con mucha esperanza.
Salieron de la casa ya de noche
y pensaban que ahora tenían que contar esta historia
al resto de personas del pueblo
que los estaban esperando.

Malén Alvarez.

Día internacional del libro.

23 de abril de 2021

Día Internacional del Libro
23 de abril de 2021

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura
<http://lecturaextremadura.juntaex.es>



JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Cultura, Turismo y Deportes